

***Del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista al
Comité Central del Partido Comunista Francés***

**León Trotsky
12 de mayo de 1922**

(Versión al castellano de Matteo David desde "[From the ECCI to the Central Committee of the French Communist Party](#)", en [The First Five Years of the Communist International, Volume 2, Trotsky Internet Archive](#))

I

Estimados camaradas, el CEIC ha estado siguiendo con creciente alarma los acontecimientos internos dentro del Partido Comunista Francés y la política que plantea entre las masas trabajadoras.

El hecho de que el partido haya dejado de crecer en forma numérica, e incluso haya perdido un cierto número de miembros, no daría lugar a conclusiones alarmantes.

El partido se formó en el período de la fermentación revolucionaria de la posguerra, período en que las esperanzas eran altas para un desarrollo rápido de los grandes acontecimientos revolucionarios. Pero cuando el movimiento demostró ser más lento en el tiempo, cuando los elementos menos conscientes entre las masas, es decir, la mayoría, percibieron que la formación del partido comunista no implicaba inmediatamente cambios drásticos en la estructura social, se produjo un declive inevitable en el interés hacia el partido comunista, y un cierto sector de elementos proletarios y no proletarios, que fueron arrastrados hacia el partido por la ola en ascenso, comenzaron a alejarse de él.

Este retraso, condicionado por la lógica de los acontecimientos, podía y debía haber ayudado a limpiar, consolidar y fortalecer los principios y las organizaciones del partido. Pero esto sólo podría haber ocurrido con una condición, a saber, si el núcleo básico del partido, en primer lugar su comité central, hubiese mantenido una política precisa y firme. Sin embargo, el CEIC no conoce ninguna de estas políticas. El partido no se fusiona ni se homogeniza más sobre la base de su programa revolucionario. Por el contrario, es más amorfo hoy más que nunca. Cualquier debilitamiento de la concentración revolucionaria en el interior del partido provoca un aumento de la presión desde fuera, es decir, la presión de la opinión pública burguesa. Los derechistas, es decir, los elementos del partido no comunistas y oportunistas, cuyo número real es pequeño y que son débiles ideológicamente, tienden a adquirir bajo estas condiciones una influencia cada vez mayor, porque a través de ellos la opinión pública burguesa transmite su presión sobre un partido que carece de la unidad y firmeza necesarias para resistir las influencias externas.

Esta alarmante situación en el partido encontró una cruda expresión en el caso de Fabre y su periódico. Todos los comunistas tienen claro que el periódico de Fabre es absolutamente ajeno y hostil al espíritu de la Internacional Comunista. Además, este documento no es más que una aventura privada de un individuo que se presenta, bajo falsas pretensiones, como miembro del partido comunista. La ciudadela de nuestro partido (que está en todos los lados asediados por la burguesía, y por una burguesía tan obstinada y malvada como la burguesía francesa eufórica por la victoria) tiene en ella

una puerta abierta a los enemigos, a través de la cual se cuelan espías y otros elementos que envenenan y desmoralizan las filas del partido.

Como la experiencia ha demostrado con frecuencia, los periódicos de este tipo encuentran fácil acceso, directa o indirectamente, a la burocracia partidaria y sindical. Día a día, el veneno se hace imperceptible, sobre todo porque está envuelto por la bandera del partido. Y en el momento decisivo del conflicto, la conciencia y la voluntad de una considerable mayoría de las organizaciones del partido, es decir, los cuadros del partido, resultarán envenenadas y paralizadas por el veneno del escepticismo pequeñoburgués. La masa del partido, junto con la clase obrera como un todo, se verá impotente y como decapitada ante los grandes acontecimientos. A menos que se preste atención a este proceso a tiempo, puede resultar fatal para un partido revolucionario en el período preparatorio.

Por estas consideraciones, el plenario ampliado del CEIC declaró categóricamente hace dos meses que la cuestión del *Journal du Peuple*, independientemente de la personalidad de su editor, constituía uno de los aspectos más peligrosos y negativos de la vida del partido. Y en el momento actual afirmamos con creciente alarma que a pesar de la advertencia unánime de la Internacional Comunista, los órganos dirigentes del partido son todavía incapaces de entender este peligro y no han recurrido a medidas drásticas para quemar esta herida con un hierro candente. En lugar de atacar sin piedad el *Journal du Peuple*, la prensa del partido simplemente guarda silencio. En vez de plantear la cuestión de este periódico en su pleno ámbito político, lo que permitiría disponer del periódico en veinticuatro horas porque el caso es perfectamente claro políticamente, el comité central del partido, procediendo en contra de las decisiones del plenario ampliado y la promesa hecha por la delegación francesa, ha reducido toda la cuestión a una investigación formal, puramente formal y, por lo tanto, ha impedido al partido obtener una imagen clara del caso y de la demanda internacional. Para señalar a la vanguardia del proletariado francés el peligro que lo amenazaba, el CEIC se vio obligado primero a emitir una advertencia, después de pedir el cumplimiento de los reglamentos, y finalmente a invocar el artículo 9 de los estatutos de la Internacional Comunista y expulsar a Fabre y su periódico del partido, subrayando el significado político de este paso.

II

Mientras que la derecha ha aprovechado la indecisión crónica de los principales órganos del partido para adquirir una importancia desproporcionada en la vida del partido francés, no vemos a estos principales órganos del partido concentrando su atención en su tarea básica: la conquista política de las masas trabajadoras organizadas en los sindicatos o que aún permanecen fuera de ellos. Vemos que, con el pretexto de mantener buenas relaciones con los sindicatos o con los sindicalistas, el partido les hace sistemáticamente concesiones sobre todas las cuestiones básicas, entregando así posiciones y abriendo el camino para los elementos anticomunistas más extremos entre el sindicalismo y el anarquismo. Vemos a los miembros del partido continuar realizando en el movimiento sindical una propaganda insolente y provocativa contra la Internacional Comunista. Aprovechando la debilidad teórica del sindicalismo, llevan a cabo dentro de los sindicatos su propia política privada y sectaria, e instalan un régimen irresponsable y oligárquico, más allá del control y sin un programa. El partido capitula ante cada ataque de estos opositores políticos que utilizan la bandera del comunismo para llevar, inevitablemente, el movimiento sindical a la descomposición y a la ruina. Continuar ignorando este peligro principal es permitir un trabajo subversivo contra el comunismo francés durante muchos años por venir.

Si el partido no comprende que el movimiento sindical es incapaz de resolver sus principales tareas sin la ayuda del comunismo, sin que el partido guíe e influya en los miembros comunistas dentro de los sindicatos, inevitablemente el partido tendrá que ceder su lugar en la clase obrera y, sobre todo, en los sindicatos a los anarquistas y a los aventureros. El partido puede ganar influencia sobre los sindicatos solamente mediante una lucha ideológica abierta contra los confusos anarquistas, las camarillas oligárquicas y los aventureros. El partido debe asumir la ofensiva a lo largo de la línea. Debe exponer y criticar a todos los confusos y todos los estúpidos. Debe colocar a todos los comunistas en los sindicatos bajo su control, educarlos en el espíritu de la más estricta disciplina y expulsar sin piedad de sus filas a todos los que se atreven a usar la autonomía como pretexto para continuar su debilitante labor en el movimiento sindical.

Es obvio que en el cumplimiento de esta tarea el partido debe rechazar las formas de agitación y propaganda que son susceptibles de repeler a los sindicalistas impregnados de espíritu revolucionario y, más aún, a las amplias capas de trabajadores sindicalizados que no se han librado de los prejuicios políticos. Una cosa es adoptar una actitud prudente hacia esos elementos y educarlos y otra distinta es capitular pasivamente ante los anarquistas que explotan estos elementos para sus propios fines. En todos los casos la condición necesaria para el éxito en este campo es un firme deseo de tener éxito. Con este fin, el partido debe imponer el control más estricto, con todas las consecuencias que se derivan, es decir, la expulsión de aquellos pseudocomunistas que, de ahora en adelante, no se sometan a las decisiones de la Internacional Comunista. A este respecto, el CEIC espera que el comité central adopte medidas firmes y resueltas que le den a la Internacional Comunista una verdadera garantía de cumplimiento de sus decisiones, una garantía que libere al CEIC de cualquier necesidad de intervenir de nuevo directamente en las tareas y cuestiones organizativas, cuya solución debía ser asunto del comité central de nuestra sección francesa.

Por otro lado, el CEIC declara que la táctica dilatoria de evadir y vacilar en cuestiones de vida o muerte ha sido ampliamente probada y sólo han conducido a resultados negativos. Por esta razón, el CEIC no permitirá nuevos retrasos en este ámbito.

III

En la cuestión del frente único vemos la misma tendencia pasiva e irresoluta, pero esta vez enmascarada por la irreconciliabilidad verbal. A primera vista choca la siguiente paradoja: los elementos del partido de derecha, con sus tendencias centristas y pacifistas, que abierta o encubiertamente apoyan *Journal du Peuple*, están simultáneamente en la vanguardia de los opositores más irreconciliables al frente único, cubriéndose con la bandera de la intransigencia revolucionaria. En contraste, aquellos elementos que en la Convención de Tours apoyaron, en las horas más difíciles, la posición de la Internacional Comunista están hoy a favor de la táctica del frente único.

De hecho, la máscara de intransigencia pseudorevolucionaria está siendo asumida ahora por los partidarios de la táctica dilatoria y pasiva. No comprenden que hoy, cuando la clase obrera está dividida en diferentes campos, no podemos en ningún caso permitir que los trabajadores repongan las filas de los campos disidente, reformista, anarquista y otros. Necesitamos una iniciativa políticamente agresiva para desorganizar las filas de nuestros opositores conservadores que se mantienen en el movimiento obrero sólo por falta de iniciativa por nuestra parte en la esfera de la propaganda. Los mismos rasgos de indecisión y pasividad que nos han hecho sufrir grandes pérdidas en el movimiento sindical han surgido en los últimos meses sobre la

cuestión del frente único, que fue interpretado y presentado en los órganos de nuestro partido francés de una manera absolutamente falsa.

Por otra parte, aunque esta cuestión se discutió seriamente durante varias semanas, lo que dio lugar a la adopción de esta táctica por la abrumadora mayoría de la Comintern en el plenario ampliado del CEIC, vemos sin embargo, al órgano dirigente y a los órganos del partido francés persiguiendo una táctica absolutamente incompatible tanto con el espíritu de la Internacional Comunista como con sus estatutos. Las declaraciones de “someterse a la disciplina” parecen servir sólo como preludeo a violaciones más abiertas y sistemáticas de esta disciplina. A pesar de las decisiones específicas que se han adoptado, los órganos del partido, como *l'Humanité* e *Internationale*, en sus artículos oficiales, es decir, en nombre del partido, siguen una campaña irreconciliable contra el frente único. Puesto que tanto en el plano nacional como internacional la cuestión ha pasado de la etapa de la discusión a la etapa de la acción, los artículos polémicos de la prensa comunista francesa suministran constantemente munición a nuestros enemigos. Esto ya no es una discusión, sino un sabotaje de la causa.

La CEIC discierne en estos hechos los peores vestigios del espíritu de la Segunda Internacional. Las decisiones de los congresos mundiales de esta última son puramente decorativas y no son ninguna vergüenza para las tácticas de las diversas secciones nacionales que ponen sus consideraciones “nacionales” por encima de los intereses de la revolución y las tareas de la Internacional Comunista. La continuidad de esas violaciones inadmisibles de la disciplina en una acción internacional está inevitablemente obligada a provocar una resuelta resistencia por parte de la Internacional Comunista en su conjunto, así como por sus secciones nacionales, que se verán obligadas a llamarle la atención a la sección francesa y exigirle disciplina.

El CEIC considera que, de acuerdo con el espíritu y los estatutos de la Internacional Comunista, el comité central del partido francés está obligado a asegurar a los órganos dirigentes del partido una composición y una forma que los conviertan en órganos de clarificación, defensa y realización en la vida de las resoluciones de la Comintern y no para luchar contra ellas. A este respecto, el CEIC espera garantías perfectamente claras y precisas para el futuro.

IV

No podemos dejar sin mencionar la ambigüedad que existe en las relaciones entre el comité central del partido francés y el CEIC. No sólo existe en lo tocante a la única cuestión sobre la cual votó en contra la delegación francesa en el Tercer Congreso Mundial y en el plenario ampliado del CEIC, sino que, también, todas las decisiones adoptadas con el pleno acuerdo de todos los delegados franceses han sido descritas como si le hubieran sido dictadas al partido e impuestas desde el exterior y se cumplen por el partido sólo como una pura formalidad. Por ejemplo, todos los miembros de la delegación francesa convinieron, en total unanimidad con el plenario ampliado, que era indispensable restablecer los mandatos en el comité central de los camaradas que presentaron sus dimisiones en la Convención de Marsella. Esta decisión perseguía un objetivo político de suma importancia: asegurar la plena unanimidad en el funcionamiento del comité central, así como del partido en su conjunto. Este objetivo sólo puede lograrse si se deja claro a las partes que no se trata de ninguna clase de combinaciones personales ni de las ambiciones personales de tal o cual individuo, sino de crear las premisas organizacionales para la total unanimidad en el trabajo. El significado político de esta cuestión debería haber sido aclarado con lucidez y precisión en los artículos principales de la prensa del partido y en la conferencia nacional del

partido. Nada de eso se hizo. Todo quedaba reducido a una pura formalidad de votación mano a mano, preparada tras las bambalinas, es decir, a espaldas del partido, sin ningún artículo explicativo ni discursos. ¿Alguien se había fijado el objetivo de obtener resultados diametralmente contrarios a los perseguidos por el plenario ampliado del CEIC? Entonces tal individuo se hubiera comportado exactamente como lo hizo el comité central en este caso particular.

Está perfectamente claro que tal enfoque no puede dejar de producir y reforzar entre la masa heterogénea del partido francés la impresión de que la Internacional Comunista o “Moscú” tienen la costumbre de emitir ultimátum incomprensibles y desmotivados, de carácter político y organizativo, a los que el comité central del partido francés se somete por consideraciones disciplinarias y, al mismo tiempo, hábilmente hace pública a las bases del partido su actitud negativa respecto a las propuestas de la Internacional Comunista. Se crea así una atmósfera altamente propicia para los intrigantes y los negociadores astutos de concesiones políticas recíprocas agrupados en torno a *Journal du Peuple*.

V

Por último, revisar la historia de las relaciones entre el CEIC y ese comité central. Veremos que los malentendidos y errores en ningún momento emanaron del CEIC.

El partido francés envió al Tercer Congreso Mundial en Moscú una delegación de once miembros, representando todos los diferentes matices que se presentaban en aquellos momentos en el partido. Esta delegación participó ampliamente en los trabajos del congreso y del CEIC. Las decisiones relativas al partido francés adoptadas por el CEIC se discutieron y fueron adoptadas por unanimidad por la delegación francesa, en particular la decisión en la que el CEIC propuso que el partido francés controlara la prensa del partido, como lo hacen todos los demás partidos comunistas.

Para sorpresa del CEIC, ese comité central ignoró durante mucho tiempo esta decisión y el mal que el CEIC había señalado siguió existiendo y creció con más fuerza en el partido francés. Por esta razón el CEIC insistió en la adopción en principio del control de la prensa partidaria. Después de seis meses de retraso, este principio fue finalmente adoptado, pero no se hizo nada para llevarlo a cabo en la vida.

Después del Tercer Congreso Mundial, el CEIC presentó varias propuestas sobre el movimiento comunista francés a ese comité central. Además, los camaradas Zinóviev y Trotsky escribieron cartas a los miembros más prominentes del partido francés para facilitar por medio de esa amistosa correspondencia la comprensión mutua y la colaboración fraterna.

En el mismo espíritu, la CEIC invitó repetidamente a los camaradas Frossard y Cachin a viajar a Moscú para discutir en persona las cuestiones más importantes del movimiento comunista en Francia. No queriendo dejar pasar ninguna oportunidad para establecer relaciones cordiales con los líderes del partido francés, y en ausencia de una respuesta favorable a sus invitaciones, el CEIC envió un delegado a París que debía familiarizarse con la situación y presentar el punto de vista del Internacional Comunista a ese comité central.

Hacia finales del año pasado, el CEIC consiguió que otro camarada francés fuera asignado a Moscú, y así aprendió la manera en que el comité central quisiera establecer sus relaciones con la Internacional. El CEIC dio su respuesta en una resolución que, a su vez, solicitó una respuesta de ese comité central. Esta respuesta nunca estuvo disponible.

El CEIC aprovechó la convocatoria de la Convención de Marsella para enviar una carta abierta al partido francés, que contenía, entre otros comentarios sobre el estado de cosas en el partido francés, ciertos juicios críticos, hechos en un espíritu amistoso y franco, habitual en las relaciones internacionales entre los comunistas. Esta carta también solicitaba una respuesta precisa sobre las cuestiones de disciplina y control de los periódicos del partido. Desafortunadamente, la CEIC no recibió respuesta ni a esta carta ni a una segunda carta más detallada enviada a ese comité central.

Recordemos también que en el momento de la Convención de Marsella el CEIC había enviado un segundo delegado a ese comité central cuya estancia en Francia tenía por objeto corregir todas las diferencias de opinión y facilitar el establecimiento de relaciones periódicas en el futuro.

Después de la Convención de Marsella, con fines de aclaración y de establecer con precisión sus relaciones con la sección francesa, el CEIC contó con la llegada del camarada Frossard a Moscú, de acuerdo con la decisión adoptada en octubre por ese comité central.

El CEIC invitó persistentemente al secretario del partido a venir, en vistas de la importancia extrema de las cuestiones que tenían que ser resueltas. El CEIC consideró, como todavía lo hace, que ese intercambio directo de opiniones es la manera más conveniente de fortalecer los vínculos entre la Internacional Comunista y su sección francesa.

Ese comité central nunca presentó objeciones de carácter político al CEIC, excepto sobre la cuestión del frente único. En los casos en que las decisiones del ampliado del CEIC se llevaron a cabo en la práctica, esto, como vimos en la cuestión de los miembros que habían renunciado reasumiendo sus posiciones políticas en ese comité central, se hizo de manera puramente pasiva como si sólo se hiciese para subrayar una actitud hostil hacia el fondo de la decisión adoptada sobre esta cuestión.

El CEIC considera absolutamente imposible mantener relaciones de este tipo en el futuro. Propone que el comité central de la sección francesa de la Internacional Comunista tome claramente en cuenta los motivos (expresados hasta el día de hoy) que se encuentran en el fondo de tal conducta, y también las graves consecuencias que necesariamente se derivarán si la táctica de evasión, ahora practicada en las relaciones entre París y Moscú, no es sustituida por una sinceridad abierta y revolucionaria.

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Moscú, 12 de mayo de 1922

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es